-¡Es muy extraño esto!

— Es increíblel ¡No querer confesarse D. Juan, el amigo de los pobres, el protector de todos los desvalidos, el primero en contribuir con sus donativos á toda obra de caridad! Me

Y está en pleno dominio de sus facul-tades?

-Completamente.

enfermo, penetró en la estancia. -¡Oede al fin? la interrogó el eclesiás-

-Es de esperar que el Señor le toque el

-Bien, pero... tha dicho algo?... al pié del lecho, y le instan.... -Esperemos á ver....

Con efecto, Elena y Natalia, sollozando amargamente, hincadas de rodillas cerca de la cabecera, con las manos unidas en actitud piadosa, suplicaban al enfermo recibiera los auxilios espirituales.

El, don Juan, el influyente político, el acaudalado banquero, el fervoroso creyente, la providencia de los desgraciados, moribundo con el rostro demacrado por la dolencia, la frente sudorosa por el dolor y los ojos avivaséres tan queridos, á los que sólo contestaba con gestos que expresaban el sufrimiento moral, el disgusto por la lucha.

Ordel Cede por Dios! deciale Elena. Danos ese consuelo, Juan!

-¡Papá! ¡Papá mío! añadía la hermosa Natalia. Demuéstranos así tu cariñol Comprende le que tu obstinacion nos duele! Te lo pide mama, que te quiere tanto! ¡Te lo suplico yo, tu Natalia!

El paciente hizo un ademan de sufrimien to, y con voz apagada exclamó:

-¡Callad! ¡Me atormentais!. .

-¡Oede, cede por nosotras! insistió Elena. Es por tu bien, por el bien de tu alma y dir el paso á su director espiritual. por la tranquilidad nuestra. ¡No persistas en tu negativa! Te lo pedimos los que más te queremos, Juan mío! El capellan espera en el gabinete .... ¡quieres que le llame? ¡Cede à nuestras súplicas! To incomprensible obstinacion nos hace mucho daño, Juan!

El paciente dejó asomar á sus labios, secos y descoloridos, una sonrisa irónica, y extendiendo imperativamente un brazo.

-Cerrad bien esa puerta... que nadie

Las dos mujeres creyeron sin dada que habían triunfado y la alegría dilató sus bellas facciones. Porque Elena, mucho más jóven que su marido, era aún una belleza, aunque no tan espléndida como Natalia. En tanto que ésta corrió el pasador de la puerta, aquella enjugó con un pañuelo finísimo el sudor que llenaba la frente del enfermo.

La estancia, iluminada por la claridad mortecina de una tarde nebulosa y triste de otoño, comenzaba á llenarse de sombras.

-¡Ya he cerrado, papá! -¿Quieres incorporarte un poco?

Sil. . . . Estaré mejor.

Elena sostuvo á su marido miéntras Natalia arregló las almohadas para que descansara el cuerpo flaco y ya sin fuerzas de su pa-

Luego don Juan, fijando alternativamen-te su mirada en una y otra dirigióse á las dos

-¿Quereis que me confiese? -¡Ob, sí, si! contestaron ellas. -Dadais de mi religiosidad?

—Pues bien, dejadme No volvais á insissistir. Quiero daros la última prueba de mi inmenso cariño. Dejadme con mi conciencia. buscan á Dios con religioso anhelo. No me violenteis.

Y llamas «inmenso cariño» á esa resistencia. 4 esa negativa que tanto nos lastima...

-Pero, papa por el cielo!....

-: Deiadme!

-Dinos, al ménos, la causa de tu obstinada negativa-instôle Elena, confiando en que si podía discutir, le persuadiría...

Don Juan entornó los 'párpados, y nada

-No calles, Juan. Habla, habla! -Pues bien. Vosotras vais à decidir. Me someto á vuestra voluntad. Oidme. Madre é hija, cambiando una mirada victoriosa, se agruparon muy unidas al enfermo.

-Yo he sido pobre, muy pobre-expuso éste.—He padecido todos los horrores de la Una hermana de caridad que cuidaba al miseria. La fortuna que disfrutais era de un pariente mío á quien despojé, sumiéndole en la miteria que me impulso á tal infamia. Vive. . . . . no sé dónde; pero vive. He pensado muchas veces en restituírsela, pero el temor á que se hiciese pública mi maldad, me ha detenido, junto con el deseo de que á mi muerte -Bien, pero.... ina dieno algo..... que descis ricas, poderosas.... ¡Perdonadme quedascis ricas, poderosas.... ¡Perdonadme yosotras, que sois tan buenas, y considerad que, por lo mucho que os amo, es por lo que me obstino que muera conmigo mi secreto!. Ya siento haber hablado.... os vais á avergonzar de mi.... que os quiero tanto....

Calló el paciente, y ellas, no pudiendo permanecer mudas ante tal revelacion, trata-

on de animarle. -Dios es infinitamente misericordioso.

Además, estás arrepentido. -Y se puede hacer la restitucion de ma-

-¡No! ¡Imposible! interrumpió don Juan. dos por la fiebre, oía las súplicas de aquellos Hay que restituir todo, todo cuanto tenemos y con las formalidades legales. De otro modo na (1), extendiendo en su derredor débit y

no podría yo ser absuelto. ... El moribundo contemplólas tambien silenciosamente, primero con desden, luego con amargura, por último con amor, y entornó los fuego, dormita un niño de pocos añoz; pálida parpados....

ciencia el capellan, cuando Elena y su hija tornaron al gabinete.

-¡Nol.... Pero ahora descansa.... Hay que dejarle..... parece tranquilo..... contesto Elena con tono que no admitía réplica, deteniéndose ante la puerta como para impe-

PEDRO J. SOLAS.

#### A UN MATERIALISTA.

¿No existe el alma? Sólo la materia es la que tiene sér? Pues no te creo! O no piensas siquiera en lo que dices ó está tu jóven corazon enfermo.

Nada se pierde, sí, nada se crea; de formas cambia la materia, el cuerpo se descompone; del cadaver brotan larvas y flores, luz, un mundo nuevo.

Sí. Todo es verdad. ¿A qué negarlo? No riño con la ciencia, la respeto: yo sé que Dios es químico, que es sabio, que es su laboratorio el Universo.

Si. Apénas nace el hombre, ya comienza esa sustitucion con sus misterios; ese invisible cambio de los átomos que elabora la sangre en nuestro seno.

La savia de aquel gérmen no es la misma que alimenta más tarde su cerebro; la célula de ayer no es la de ahora; trasfórmanse las fibras y los huesos.

Mas algo existe en él que no varía, que tiene la potencia del recuerdo, que quiere, que aborrece, que compara. que piensa en Dios y q' comprende el c'elo.

Algo invisible, intransformable y grande; la esencia que se escapa en el momento.

¡Y es eso la materia? ¡Tú lo sabes? Acaso lo ha estudiado tu escalpelo al certar los tejidos y las visceras, de un cuerpo helado, silencioso, muerto?

Esas dudas que sientes son acaso mecánica funcion de tu cerebro?

¿Y qué es eso que llaman conciencia? ¿Qué es el negro y atrez remordimiento?

Esa escala ascendente de los séres que la ciencia sefiala, no es efecto de ciega evelucion de la materia, sino encadenacion de un algo eterno.

Nada respondes.... Mas la duda horrible persiste alla en tu corazon enfermo. Tú quieres convencerte? Pues escucha: Yo no sé de sofismas ni argumentos.

Mira el retrato de tu santa madre, imprime en él un amoroso beso, v dime si es materia, vil materia, la fibra que palpita alla en tu pecho.

ERNESTO O. PALACIO

# La Esposa del Iamohtchik.

POEMA RUSO.

ON las doce de la noche; nada se mueve en la casa; silba tristemente el viento en la chimenea.

Arde chisporroteando la lontchi temblorosa claridad

Envuelto en un viejo capote y sobre un banco adosado al muro de la cocina, cerca del luz alumbra sus mejillas sourosadas.

May cerca del niño está su madre, que le -¿Codió al fin? preguató con viva impa- contempla y le acaricia y le dice dulcemente: -Será preciso que te acuestes, mi pequena golondrina; hace ya mucho tiempo que es de noche; te abrigaré más con esta pelliza, aquieres? ¡Hace tanto frio!

El niño entreabre los párpados y contes-

- Pero por qué tú, mamá, estás todavía levantada? ¿Por qué signes hilando?

-¡Ay de mí, hermoso mío! Ya he suspendido mi tarea, ya no tengo faerzas para trabajar; ¡cuánta amargura hay en este mundo de Dios! Pronto hará cinco semanas que se fué tu padre, y no tenemos noticias suyas. Que el Señor tenga piedad de nosotros si a mi pobre hombre ie ha ocurrido una desgra-

-No llores, mamá, dice el niño con voz

Y apoya su cabecita en el regazo de la que le dió el sér, le echa al cuello les brazos y rompe á llorar.

-Vaya, no llores, no ángel mío-responde le madre-acuéstate y duerme; voy à buscar paja para bacrrte una camita muy blanda. Dios permitira que ta padre vueiva; te traerá un regalito y se hará otro pequeño tri-neo para que te deslices sobre el hielo de la

El niño se duerme; la madre vuelve á hi lar; no tiene suefic; se lo han robado la inquietud y la pena.

Apénas alumbra ya la lontchina humean te; la borrasca de nieve silba cada vez más con mayor estrépito.

A la pobre mujer le parece oir leve rumor en la escalera; algo así como el suspiro de álguien que acompaña á un muerto lloran-

Es una ilusion.

Procura alejar de su mente las ideas lúgabres y evoca recuerdos de su vida de sol-

Recuerda lo que le dijo sa buena madre poco ántes de morir. -"Tengo un dolor muy grande al dejarte

huérfana, hija mía. "Tú no has nacido para vivir como yo, para resistir las fatigas del trabajo de los

(1) Grupo de tres ó más astillas de tea de que se sirven los campesinos rusos para alambrarse.

La lontchina está metida en una especie de hornillo de hierre.

"¿A quién te pareces tú tan fina, tan delicada, tan sensible?

"Tas hermanas son ignorantes, es ver dad, pero en cambio tienen plétora de sangre, nervios de acero.

"El frío y el calor, la nieve y el vieto no les hace impresion alguna. "No encontrarás quien te ame como ama

"Sabes coser muy bien y es muy hermosa tu inteligencia: gracias á tus cuidados da gusto ver á tus hermanitos menores. "Pero jay! en la vida del campesino no

hace falta talento, sino vigor corporal." Ella recuerda luego el dia en que la pidió en matrimonio el Iamohtehik y el cariño que su viejo padre le tenía.

Pere he aquí que álguien hace ruido -¡Ah, mi papá!-exclama el niño des--¡Qué noche!-dice la ruda voz de un

visitante conocido. Abrese la puerta violentamente y entra

un mouiik Se descubre, sacude la nieve adherida á su ropa, hace tres veces en su pecho la sañal de la cruz, se rasca la nuca y exclama:

-Buenas noches, vecina y amiga... Qué tiempol los caminos están intransitables. Ella le mira con ansiedad y él continúa hablando así:

-No es una buena noticia la que voy comunicarte. Tas paqueños caballos están ahí; los he traído desde Morcou.

- Y mi hombre?-pregunta con voz temblorosa la mujer del Iamohtchik, que se ha quedado más blanca que la nieve.

-ITa hombre? .... Paes verás: al llegar á Moscou se sintió enfermo y el buen Dios ha dispuesto de sa alma. Yo me encontraba allí por casualidad y me rogó que me encargara de los caballos.

Amsrgamente llora la desdichada viuda. El niño, de pié, con sus manitas crispadas, se ha quedado pátido y tiembla con el

temblor nervioso del miedo. El moujik piensa en que no ha debido dar tan repentinamente la fatal noticia, y

que pronto tendrá que buscar su sustento y el de su hijo pidiendo limosna.

castigo del buen Dios. Los caballos están ahí; sal á recogerlos; yo me retiro á mi casa.

Da unos cuantos pasos y de pronto se vuelve para decir:

-¡Qué memoria la mía! Se me olvidaba cumplir la última voluntod de tu esposo. Poco antes de morir, y haciendo grandes esfuerzos, se quitó la cruz que al caello llavaba y exclamó:

-Reto, con mi bendicion, para mijo. Dí le que no me olvide y que quiera mucho a au madre. Y miéntras entrega el triste recuerdo à

la viuda, añade: -A tí tambien te quería mucho... último que pronanciaron sus labios fué tu nombre.

14 Septiembre, 92.

## LA COPLA.

ONCLUIDA la primera guerra civil, uno de los muchos carlistas que se ex patriaron, fué á Lóndres con su fami. lia, vendió sus haciendas de España, que eran muchas, negoció en aquella capital, aumentó sus intereses, y en la mayor riqueza, padre de un niño y una niña, considerado dichoso, se o vidó de la guerra, de su patria y de su rey. Daba grandes comidas; paseaba en lujosos trenes, había reunido en su hotel preciesidades sin número, tenía una cuadra ya famosa en las carreras y un castillo en el campo, con bosques poblados de caza abundantísima. Sus hijos crecieron y se casaron; su hi.

campos; ese trabajo es superior á tus fuerzas. | ja con un diplomático ruso, el varen con una condesa de Paris; ambos salieron de Loudres, v alli se quedaron el carlista y su mujer, siempre sanes, alegres, tieses, aunque algo inclinada la cabeza, toda blanca.... Parecían dos robles sobrecargados de nieve.

Hablando de sus hijos, paseando, recibiendo visitas, frecuentando los teatros, respetados siempre, siempre queridos, no se acordaban de que continuaba navando sobre ellos y que habrían de rendirse al fin con tanto peso. Habíanse hecho al cielo de cristal ras. pado que vefan y á la niebla que respiraban. y á tratar con aquellas estátuas ambulantes que en un principio ni les hablaban ni les son-

Y así pasaban días y días, sin que su existencia se modificase ni ellos pensasen en modificarla. .

Sa hotel estaba situado en un barrio ex tremo, y enfrente de este hotel había un des pacho de cerveza. Una tarde se encontraban mirando á la calle á través del cristal de un balcon, cuando llegó á sus oídos el sonar de un instrumento y la letra de una cancion que les dejó en suspenso el animo; siguieron escuchando, y escucharon, mirandose uno á otro, como reflejando un mismo sentimiento. Y uno y otro (como pueden brotar de dos laderas opuestas dos manantiales en concertadas y suaves corrientes) dejaron brotar, sin hacer un gesto, por sus rostros britanizados, silenciosas lágrimas....

El español envió a un criado para que se enterase; el criado vino con el autor de la severidad era extraordinaria en una abuela, música y de la copia. Era un andaluz que había llegado á Londres al servicio de un Lord. Este Lord había visitado á Sevilla y enconparadisiacos é infernales, y la propuso que le maerte de sus hijos, una porcion de pleitos y siguiara:

 Y mi novio?—dijo ella.
Tambien me llevo a tu novio!—contes tó el inglés, que no se apuraba por tan poco. Y se trajo al novio, que se apuraba toda

via ménos. Esto le contó á nuestro excabecilla el tanedor de guitarra, diciéadole que al día siguiente salían él, la gaditana, el Lord y otros

siente grande lastima de aquella débil mejer diez ó doce más, para Escocia. Pasaron algunos días y el viejo y la vieja continuaron su misma vida de autématas; pe--No te aflijas tanto-dice él en voz alta ro no se hablabau ni reian. Hasta parecia que -ya no hay remedio, esto debe de ser algua evitaban mirarse; porque sus ojos tan vivos, los ontubiarba ya la tristeza. Y si querían hablar, les faltaban palabras, y si querían son-

reir, su sonrisa parecía una mueca. De pronto él cobró una actividad vertiginosa; se le vió ir de escritorio en escritorio, tratar de negocios, dar y recibir inmensas su-

mas de dinero. Y un dia dijo él á su mujer:-Rosalía, cuando quieras!

Un grito de júbilo fué la contestacion. e dió un abrazo y se marchó á disponer los cofres para volver á la patria.

duda, cuando creían serlo); pero. . . . ni la Fe licidad había podido resistir á una copla.

FERNANFLOR.

#### A UNA LAGRIMA.

Hervida saltas del pecho y por mi semblante ruedas: Con cnánta calma resbalas, Resbalas. . . . y cuánto quemas!

¡Pobre lágrima! el ardiente Raudal de mis hondas penas, Te arroja desde su fondo, Sepulcro de mi inocencia! Manchas el cristal cansado Que en mis papilas chispea: Si tanto herviste por dentro, Tiempo es ya que salgas fuera.

Pobre lagrima! no eres Hoy la purisima perla Que brillo del tierno niño En la alba frente serena; No eres la nítida gota, De la cuna compañera, Que sobre flores caía O sobre mi madre tierna.

Aquella gota brotaba Como en las flores la esencia, Brotaba fácil, tranquila, Y era tan dulce verterla....!

Las lágrimas de los niños Salen pronto y los consuelan; Las lágrimas de los hombres Tardan en salir, y queman. Las unas son el rocio De cándida primavera; Y las otras son del alma La rugidora termenta. ¡Pobre lágrima! to has ido Y ya no es fácil que vuelvas!

Ay! si volvieres trocada En lágrima de inocencia!

### LAS GAFAS.

BUELITA, lo que es hoy no dirás que no he sido aplicada.

-¡Ah, perezosa! ¿á quién se lo vienes á contar? Si no fuera por mis gafas, mi mala vista sería tu cómplice en el engaño; pero, á Dios gracias, veo c'aro con ellas; tas trabajos no valen nada y hoy no tendrás

Georgina bajó la cabeza y corrieron lá grimas por sus aterciopeladas mejillas. Por la primera vez dudó de la justicia, porque tenía conciencia de haber camplido bien. Tal sobre todo en la señora de Ormont, que tenía acostumbrada á su nieta á muchos mimos.

Vamos, pues, à justificarla, porque es digna de que todo el mundo la apresie. La últimamente una quiebra, habían reducido su fortuna á su última expresion.

Su renta, económicamente dividida en tantas partes como días tiene el trimestre, cubría trabajosamente las necesidades de la casa Pero per muy reglamentado que estuviese el gasto, ocurría siempre algun imprevisto que mermaba el presupuesto de los últi-

Entónces se suprimía el postre, y como la señora de Ormont era orguilosa, para disimular su pobreza tomaba por pretexto las travesuras de Georgina para dejar vacías las copas y las dulceras. Era el único defecto de la buena señora: ¿quién no tiene el suvo?

La niña comio de muy mal humor. Como no gastaba gafas, no advirtió que la abuela dejaba los mejores bocados para su rico apetito de muchacha, y aún ántes de terminarse la comida, apoyó su rizada cabellera sobre sus brazos y estos sobre la mesa. La señora de Ormont, creyéndola dormida, no se ocupó más de ella, y entabló con Brigida un diálo. go interesante.

-Aún tenemos que pasar un dia ántes que yo cobre mi trimestre. ¿Cómo nos vamos a arreg ar? Ahora no se trata de economizar Se habían creido felices (y lo eran, sin postres, sino de tener qué comer mañana.

-No queda ya nada, señora, no hay más

remedio que comprar fiado. -Primero morirme de hambrel Todavía tienes un franco y treinta y cinco céntimos. Pues bien; arréglate con eso para que comais las dos. Yo, por mi parte, haré ver que como.

-No consentiré nunca que la señora.... Despues de una viva discusion, se convino en dejar la mayor parte á la niña y repartirse lo demás.

Hacía un momento que la enojada muchacha estaba agitada, y cuando la abuela dió la orden de irse à acostar, sas ojos encarnados y húmedos no revelaban ni una pizca de sueño.

-Brigida, parecementira que te distraigas de ese modo: ya sabes que sin gafas no veo ni aun la punta de la nariz; ¿ 6 no quieres que almuere.?

-Señora, las he bascado por todas partes y no las encuentro.

-Y tú, Georgina, no las has visto? -No, abuela. Y al decir esto se puso muy colorada. No